

POESIA: UNA PAPA REAL Y LIMPIA

HAY dos tipos de realistas: el que presenta una papa con un montón de estiércol, para mostrar que es real, y otro, que se satisface con la papa que ha limpiado. Yo pertenecí a la segunda clase. Para mí, lo que el arte hace con la vida es limpiarla, para desnudar así la forma". En su madurez, lejana, dijo estas palabras Robert Frost, que definen bien su empresa poética, iniciada con *A boy's will* en 1913 y con *North of Boston* en 1914.

Nacido en California, instalado desde los diez años en Nueva Inglaterra donde enraiza tan profundamente como para llegar a ser su mejor intérprete moderno, Frost vivió lo suficiente y aún más, como para contemplar su encumbramiento, la apoteosis que le dedicó su nación, y también para ver nacer bajo sus pies las nuevas voces y corrientes que, al triunfar, lo relegaron a una respetuosa inmortalidad. Su libro *New Hampshire* (1923) le vale el primero de los cuatro Pulitzer que obtendrá; el segundo correspondió a sus *Collected Poems* (1931) donde se puede dar por clausurado el ciclo expresivo de su arte. A partir de esa fecha los homenajes se suceden y aquel poeta cuyas primeras obras fueron rechazadas y cuyos dos primeros libros editara en Londres, pasa a la categoría de un continuador más cercano de Emerson. Aunque para ese entonces ya habían escrito sus obras definitivas Eliot y Ezra Pound.

Su vejez serena, su terca adhesión a los principios primeros de su arte, su larga vida, le concedieron una aura de patriarca y de inmortal, y no hay duda de la importancia histórica de su creación. ¿Qué representa en la poesía norteamericana? Nada menos que la categoría de fundador, uno de los que liberaron a la poesía de su sujeción pasiva al postromanticismo inglés y que echaron las bases de una manera distinta, más brusca, más veraz, de enfrentarse a la realidad y transmutarla en obra de arte.

Es uno de los creadores de ese movimiento que hacia 1912 se llamó la "Nueva Poesía" y que reconociendo la primacía de Edwin Arlington Robinson, operó la reconversión realista de la poesía limpiándola de una envejecida retórica. Fueron ellos Frost, Edgard Lee Masters, Carl Sandburg y Vachel Lindsay, como primeras figuras. Detrás de ellos, en el siglo XIX, estaban Emerson, Whitman y la olvidada Emily Dickinson, pero ellos se rehusaron parejamente al ejercicio moral, al profitismo y a la metafísica, como se rehusaron a las dulzuras que habían caído los imitadores de Tennyson o de Browning, y prefirieron acometer la realidad con palabras sencillas, modos coloquiales, intensas y austeras recuperaciones artísticas de los hombres comunes que los rodeaban. Se iniciaba la gran etapa del realismo americano que en la prosa, por esos mismos años, daba a un Theodore Dreiser.

Estrictamente, Frost fue un poeta regionalista, atenido al mundo campesino, respetuoso de su entereza vital, sobre todo de su hosco individualismo que él ascendió a una categoría superior. Lo que sorprendió a sus primeros críticos, era que de sus poemas se desprendería "una imagen de cosas realmente oídas y vistas", y fue eso mismo lo que explicó el éxito creciente de su obra así como de la de sus compañeros del movimiento: la poesía aludía a cosas conocidas, veraces, en un lenguaje simple y casi prosaico, y los meros ciudadanos descubrían que podía leerse poesía como algo propio y comprensible.

Pero al mismo tiempo que se rehusaba a abordar los problemas del día, incluso las meras afirmaciones políticas, Frost intentaba dar una mayor trascendencia a esos paisajes precisamente descritos, esos seres reconcentrados y dramatizados de sus poemas regionales. De ahí que se le haya podido considerar (lo hace Willard Troup en su estudio sobre "The New Poetry") como un poeta metafísico en la tradición de Emerson y de Emily Dickinson, con lo que el término implica de poeta que desea ir más allá de lo visible hasta lo invisible". "Como en todo gran poeta metafísico, —afirma Troup— la tensión se desarrolla por el contraste entre el hecho simple y el misterio que lo rodea, y que desemboca en el golpe iluminante de las palabras finales". Más que una metafísica, Frost establece un recorte ceñido de lo real, aísla situaciones y figuras, las intensifica por el apartamiento que los sitúa, y las dramatiza al suspenderlas sobre el vacío.

Mucho de ese aire procede de la comarca en que Frost se enraizó, de esta tierra al norte de Boston donde él vivió la vida del granjero y se solidarizó con su austera concepción del mundo. "A Book of People" substituyó su libro, y en verdad en él resuena la voz y las costumbres de un pueblo cuya significación en la historia de Estados Unidos ha sido muchas veces encarecida. "Lo que le interesa —escribe Willard— es el drama de las vidas solitarias y rudas que sólo almas honradas pueden vivir sin por eso llegar a ser destruidas". De ahí el tono narrativo de muchas de sus composiciones que no rescata el verso blanco, escueto, ni los términos corrientes y secos en que hablan sus personajes y el propio autor. "Es justamente la imparcialidad de Frost, su facultad de ver lo que es, de expresarlo tal como él lo ve, que otorgan un acento único, a sus poemas. A su aceptación de la vida se agrega una profunda piedad humana, hecha de comprensión y de fraterna simpatía, siempre evidentes aunque siempre tácitas".



En el prólogo que escribió para la reedición de *Collected Poems*, de 1939 (Garden City Publishing Co. New York, 453 ps.) Frost se defiende ante las nuevas corrientes a las que tilda de abstraccionistas acusándolas de estar exclusivamente interesadas en los juegos sonoros. "Hacemos esto hasta que descubrimos que el objeto de escribir poesía es hacer que todos los poemas suenen tan diferentes como sea posible y para ello los recursos de las vocales, las consonantes, la puntuación, la sintaxis, las palabras, las cláusulas, el metro, no son suficientes. Necesitamos la ayuda del contenido —significado—, el tema. Esa es la ayuda más grande para obtener variedad" "Y así llegamos a la poesía como un arte de decir algo, profundo o no. Aunque más vale que sea profundo, pues quiere decir que nace de una profunda y amplia experiencia" y concluye con esta afirmación sobre el papel que desempeña la poesía: "empieza en placer y termina en sabiduría. Es el mismo papel del amor. Comienza en placer, se inclina hacia un impulso, toma la dirección de la primera línea escrita, corre una carrera con suerte, y termina con la aclaración de la vida: no necesariamente una gran aclaración como aquellas en que están fundadas las sectas y los cultos, sino que es una calma momentánea contra la confusión".

Pero tan importante como esta función significativa de la poesía, es la función re-conocedora: "Estoy en un lugar, en una situación, como si me hubiese materializado saliendo de una nube o surgiendo de la tierra. Hay un reencuentro alegre de lo que ha estado perdido mucho tiempo, y el resto viene solo. Paso por paso el asombro ante lo escondido crece. Las impresiones más útiles a mi propósito resultan ser siempre aquellas de las que no tenía conciencia y que por lo tanto no había registrado cuando las obtuve".

Es decir: recobrar la incitación real, en sus términos más puros, trazarla sencillamente en el papel e intensificarla, diríamos exprimir, hasta que depare una rápida iluminación sobre la vida humana. Esta es la enseñanza de Frost, y aunque hoy estemos muy lejos de su creación, esa enseñanza sigue siendo, valedera y profunda.

Su firme y terca adhesión al regionalismo, al tema campesino, al simple nombramiento de lo real, sin más, no fue un invento único y suyo. El mundo entero, por esas mismas fechas, operaba el ingente esfuerzo de liberarse de la artificialidad y reencuentrase con una realidad que había sido recargada de disfraces engañosos. Volver por los fueros de la vida corriente, reencender la admiración por lo natural, acercar la poesía a una nueva masa de lectores, es un fenómeno habitual luego de un excesivo enrarecimiento.

Hoy es ese mismo regionalismo el que ha caído en la artificialidad: la lepra de "lo literario" lo ha cubierto, pero en sus creadores — Frost entre ellos — conserva un acento rudo que nos dice de una experiencia real y veraz. La cualidad más preciada de un poema — decía él — es la de "haberse creado a sí mismo y haber arrastrado al poeta en esa creación. Leído cien veces: conservará siempre su frescura como un metal conserva su fragancia".